

á una noción exacta y satisfactoria de lo que distingue al loco del cuerdo. No se puede negar á los locos la razón, ni el entendimiento, pues hablan y comprenden, discurriendo á veces de una manera muy acertada; de ordinario perciben con exactitud lo que tienen delante, y aprecian la relación entre la causa y el efecto. Las visiones, que recuerdan las alucinaciones de la fiebre, no son el síntoma habitual de la locura; el delirio falsea la percepción; la locura falsea el entendimiento. Las más de las veces los locos no se engañan en el conocimiento de lo que está inmediatamente *presente*, sus divagaciones se refieren á *lo ausente* y á *lo pasado*, y sólo por ello á su relación con lo presente. Esto me inclina á creer que su enfermedad afecta principalmente á la *memoria*, no porque carezcan de ella en absoluto, pues son numerosos los que saben muchas cosas de memoria y hasta reconocen á personas á quienes no han visto en largo tiempo, sino en el sentido de que el hilo de su memoria está roto, la continuidad del encadenamiento suprimida, y no pueden acordarse de lo pasado de una manera regular y continuada. Ciertas escenas pasadas las recuerdan con fidelidad, así como conocen aisladamente lo actual; pero en el retorno de su memoria hacia lo pasado hay lagunas, que llenan con ficciones.

Si estas ficciones son siempre las mismas y pasan al estado de ideas fijas, constituyen la monomanía ó melancolía; si varían sin cesar formando ideas fugitivas, del momento, denuncian la demencia ó *fatuitas*. De ahí que sea tan difícil obtener de un loco á su entrada en el manicomio datos congruentes sobre su vida anterior. La verdad y la ficción van confundiéndose cada vez más en su memoria. Conoce con exactitud el presente inmediato, pero lo falsea estableciendo relaciones ficticias con un pasado imaginario.

Los locos se toman á sí mismos y toman á los demás por personajes que no existen más que en ese pasado fantástico; no se dan cuenta de cierto conocimiento que tenían, y poseyendo una representación exacta de lo presente, la enlazan, por relaciones falsas, con lo pasado. Cuando la locura llega á tomar grandes proporciones se produce la pérdida total de la memoria, que hace al loco incapaz de darse cuenta de lo pasado y lo ausente; lo que entonces le determina son sus caprichos del momento, unidos á las ficciones que para él constituyen lo pasado; por eso se corre continuamente el peligro de ser maltratado ó muerto por él, á menos que se le haga sentir á cada instante la superioridad que sobre él se tiene.

El conocimiento del loco tiene de común con el del animal, que ambos están limitados á lo presente; lo que diferencia estos dos conocimientos es que el animal, hablando con propiedad, no tiene representación alguna del pasado como pasado, aunque éste pueda obrar sobre él por medio del hábito; así, por ejemplo, el perro reconoce á su primer amo al cabo de muchos años, lo cual significa que la vista de éste producirá en el perro su impresión habitual, pero no que tenga el recuerdo del tiempo transcurrido desde que no le ha visto. El loco, por el contrario, conserva siempre en su espíritu un pasado *en abstracto*, pero ficticio, y que no existe más que para él; unas veces es de naturaleza constante, otras de naturaleza puramente momentánea, y la influencia de este falso pasado impide el empleo acertado del presente, aunque éste sea conocido con exactitud, mientras que el animal usa juiciosamente de su conocimiento de lo actual.

Así es como me explico que grandes dolores morales, ó algún suceso temible é imprevisto puedan producir y produzcan con frecuencia la locura: todo dolor de esta

clase, como hecho positivo, se halla limitado al presente y por lo tanto es pasajero y soportable: no excede de las fuerzas humanas más que cuando es permanente; pero un dolor permanente de esta índole no es más que un pensamiento y no existe más que en el recuerdo; cuando esta aflicción, cuando el dolor causado por aquel pensamiento ó aquel recuerdo es intenso hasta el punto de hacerse absolutamente insoportable, y de que el individuo deba sucumbir á él, entonces la Naturaleza, cuya ansiedad se ha despertado, recurre á la locura como al último recurso que le queda para salvar la vida; el espíritu atormentado rompe, por decirlo así, el hilo de sus recuerdos, llena las lagunas con ficciones y encuentra en la locura un abrigo contra los sufrimientos morales superiores á sus fuerzas—como se amputa un miembro gangrenado para sustituirle por un miembro artificial.—Como ejemplos podemos citar á Ajax furioso, al Rey Lear y á Ofelia, pues las creaciones del verdadero genio, que son los únicos casos á que podemos referirnos en esta cuestión por ser universalmente conocidas, pueden ser colocadas en la misma categoría que las personas reales, hasta tal punto son verdaderas. Por otra parte, la experiencia nos ofrece una multitud de casos reales análogos.

Se ve algo semejante á esa transición del dolor á la locura, en el hecho de que todo el mundo trate muchas veces de rechazar, mecánicamente por decirlo así, con un gesto ó una exclamación, alguna reminiscencia penosa. De este modo procuramos disipar el recuerdo y apartarnos de él con violencia.

Acabamos de ver que el loco conoce bien lo presente y algunos fragmentos de lo pasado, pero que desconoce el encadenamiento, las relaciones, lo cual hace que obre y hable de una manera incoherente.

Este es el punto de contacto entre el genio y la lo-

cura: el genio pierde de vista también la noción del encadenamiento de las cosas, pues descuida el conocimiento de las relaciones, es decir, el conocimiento dirigido por el principio de razón, para no ver ni buscar en los objetos más que su Idea, para no percibir en ellos más que la expresión visible de su verdadera naturaleza, con la cual un solo objeto representa toda su especie, y que hace, como decía Goethe, que un solo caso valga por mil. El objeto único de su contemplación, ó sea lo presente, percibido con una vivacidad excesiva, se le aparece alumbrado por una luz tan resplandeciente, que los demás eslabones de la cadena de que forma parte, quedan oscurecidos, y esto es lo que da lugar á esos fenómenos cuya semejanza con la locura ha sido observada desde hace tanto tiempo. De aquello que en el objeto aislado no existe más que en estado imperfecto y oscurecido por modificaciones, el genio hace la Idea y la eleva á la perfección; no ve más que extremos en todas partes, y por eso su conducta cae también en extremos; no sabe percibir la justa medida de las cosas, carece de moderación, y ya hemos visto lo que de ahí resulta. Conoce perfectamente las Ideas, pero los individuos no. El poeta, como se ha observado, puede tener un conocimiento profundo y exacto *del hombre* y conocer muy mal á *los hombres*; se le engaña sin trabajo y se convierte fácilmente en juguete de personas astutas.

§ 37.

Aunque he dicho que el genio consiste en la facultad de conocer las Ideas, en lugar de las cosas individuales que no existen más que dentro de relaciones, y en conocerlas sin sujetarse al principio de razón; en llegar á ser el término correlativo de la Idea, en dejar de ser individuo para convertirse en puro sujeto cono-

ciente; con todo, esta facultad deben poseerla todos los hombres en mayor ó menor grado, pues sin ella serían tan incapaces de apreciar las obras de arte, como lo son de producirlas, y en general carecerían del sentimiento de lo bello y de lo sublime. Estas palabras no tendrían para ellos significación alguna. Por consiguiente, á menos de que haya personas desprovistas en absoluto de todo sentimiento estético, debemos admitir que esa facultad de conocer las Ideas y de emanciparse por un instante de la propia personalidad, existe en todo el mundo. El genio no tiene sobre los demás otra ventaja que la de poseer esta facultad en un grado mucho más alto y en intervalos más prolongados, y la de unir á este modo de conocimiento la reflexión necesaria para poder reproducir de alguna manera el objeto así concebido. Esta reproducción es la obra de arte, por medio de la cual comunica á los demás la Idea que ha concebido. Pero la Idea no experimenta modificación; de ahí que el placer estético sea el mismo cuando es provocado por una obra de arte que cuando lo ha sido directamente por la contemplación de la Naturaleza y de la vida. La obra de arte no es más que un medio de facilitar el conocimiento en que consiste dicho placer. Si percibimos con más facilidad la Idea en la obra de arte, que directamente en la Naturaleza y en la realidad, depende esto de que el artista que ha contemplado la Idea y no la realidad, no ha reproducido tampoco en su obra más que la Idea pura, desprendiéndola de la realidad y suprimiendo todas las contingencias que pudieran alterarla. El artista nos hace contemplar el mundo por sus ojos. Lo que constituye el don del genio, lo que es innato en él, es precisamente tener esos ojos que descubren la esencia de las cosas fuera de todas las relaciones; la parte adquirida, el lado técnico del arte es lo que pone al artista

en disposición de podernos transmitir ese don á nosotros, de prestarnos sus ojos. He aquí porqué, después de haber expuesto en sus líneas generales la naturaleza íntima de la facultad del conocimiento estético, en las consideraciones filosóficas siguientes voy á estudiar más de cerca lo bello y lo sublime en el arte y en la Naturaleza, simultáneamente y sin distinción. Lo que pasa en el hombre cuando lo bello ó lo sublime le emocionan, es lo que voy á examinar ante todo. Que reciba esta emoción directamente de la Naturaleza ó la vida, ó que le sea comunicada por mediación del arte, no constituye una diferencia esencial, sino exterior tan sólo.

§ 38.

Hemos hallado en la contemplación estética dos elementos inseparables; el conocimiento del objeto, no como cosa individual, sino como Idea platónica, es decir, como forma permanente de aquella especie de objetos, y en segundo lugar, la conciencia íntima del sujeto conociente, no como conciencia individual, sino como conciencia de un *sujeto puramente conociente y emancipado de la voluntad*. Vimos también que la condición indispensable para que estos dos elementos aparezcan siempre reunidos, es abandonar el modo de conocimiento que obedece al principio de razón, modo que no puede servir más que á la voluntad, ni puede reinar más que en las ciencias. Veremos ahora que el goce que hallamos en la contemplación de lo bello, proviene igualmente de ambos elementos y que uno ú otro nos lo proporciona mayor, según el objeto de nuestra contemplación estética.

Todo *querer* tiene su fuente en una necesidad, es decir, en un dolor, á que su satisfacción pone término. Mas por un deseo que se satisfaga hay diez por lo menos que

no pueden ser satisfechos. Además, el deseo es largo y las exigencias innumerables, mientras que la satisfacción es breve y estrictamente tasada. Este mismo contento es, en definitiva, aparente; el deseo cumplido deja lugar para un nuevo deseo; el primero es una decepción reconocida, el segundo una decepción que se prepara. Ninguna de las aspiraciones que realizamos nos produce una alegría prolongada y duradera. Es como una limosna que se da á un mendigo, que le salva la vida para prolongar su miseria hasta el día siguiente. Por eso no hay felicidad ni reposo duraderos mientras la voluntad llena nuestra conciencia, mientras estamos entregados al impulso de los deseos, con sus alternativas de temor y de esperanza, mientras somos, en fin, sujeto que quiere. Ya corramos tras el placer, ya huyamos de la desdicha, ya esperemos el uno, ya temamos la otra, en el fondo todo es la misma cosa. Bajo cualquier forma que se presenten los cuidados que nos inspira una voluntad que no cesa de ser exigente, llenan y agitan sin cesar la conciencia; y sin reposo verdadero no hay bienestar posible. El sujeto de la voluntad está atado siempre á la rueda de Ixión; está condenado á llenar el tonel de las Danaides; es Tántalo, eternamente sediento.

Mas cuando una ocasión exterior ó una disposición íntima nos aparta de repente de la perpetua carrera de la voluntad y arranca al conocimiento de la esclavitud de ésta; cuando el espíritu no pone ya su atención en los motivos de la voluntad, sino que concibe las cosas, despojadas de su relación con el querer sin consideración interesada, sin subjetividad; cuando se entrega á su contemplación en cuanto representaciones y no en cuanto motivos, entonces se produce la calma de un golpe y por sí misma, esa calma que buscábamos vanamente en la satisfacción de la voluntad y que sentimos de

un modo perfecto al llegar á ese estado exento de dolor que Epicuro estimaba que era el bien supremo y la condición de los Dioses, pues mientras dura estamos libres del yugo humillante de la voluntad. Forzados de la voluntad, festejamos un día de reposo; la rueda de Ixión ha parado.

Tal estado es justamente el que describía antes, como exigido por el conocimiento de las Ideas. Es el estado de contemplación pura en que nos engolfamos en la intuición y nos absorbemos en el objeto, en que se olvida toda individualidad, en que se prescinde de todo conocimiento subordinado al principio de razón y que no comprende más que relaciones; en que á la vez é inseparablemente el objeto de la intuición se convierte en la Idea de su especie y el individuo que conoce en sujeto puro del conocimiento separado de la voluntad; en que sujeto y objeto se encuentran fuera del tiempo y de todas las relaciones. En estas condiciones, es indiferente que se contemple una puesta de sol desde el fondo de un calabozo ó desde el balcón de un palacio.

Una disposición anterior y el predominio del conocimiento sobre la voluntad pueden producir este estado, cualesquiera que sean, por otra parte, las circunstancias que le acompañen. Esto es lo que prueban esos maravillosos pintores holandeses que se absorbían en una contemplación tan objetiva de las cosas más insignificantes, que en sus escenas domésticas nos han transmitido testimonios duraderos de su objetividad y de su serenidad de espíritu; por poco gusto estético que se tenga no se puede contemplar esos lienzos sin emoción; pues evocan ante nuestros ojos la disposición de espíritu tranquila, serena, privada de voluntad, que animaba al artista, y que es indispensable para mirar cosas tan insignificantes de un modo tan objetivo y tan atento y para re-

producir su imagen con tan juiciosa fidelidad. Mientras el cuadro nos invita á compartir este estado de ánimo, nuestra emoción aumentará por el contraste con la disposición, inquieta y agitada por la voluntad, en que nos hallamos en aquel momento. Con este mismo espíritu algunos paisajistas, entre ellos Ruysdael, han reproducido muchas veces paisajes insignificantes que nos producen igual impresión de una manera más agradable todavía.

Sólo el impulso interior de una disposición artística puede llegar á tanta altura; pero toda disposición de espíritu objetiva es facilitada y favorecida desde fuera por la vista de objetos que inclinan á ella, por la exuberante hermosura de la Naturaleza, que nos invita á contemplarla y que se impone á nuestra contemplación. La hermosa Naturaleza, cuando se presenta repentinamente á nuestros ojos, consigue casi siempre, aunque no sea más que por un instante, arrancarnos de la subjetividad, de la esclavitud de la voluntad, y transportarnos al estado del conocimiento puro. Una sola mirada que eche con libertad sobre la Naturaleza basta para reanimar súbitamente, para alegrar y para sostener á aquel á quien agita una pasión, la necesidad ú otros cuidados, la borrasca de la pasión, el impulso del temor ó del deseo, todas las tormentas de la voluntad, en fin, se calman como por encanto, pues en el instante mismo en que desasidos de la voluntad nos abandonamos al puro y libre conocimiento, parece como que entramos en otro mundo, donde no existe nada de lo que conmueve á la voluntad y nos agita tan violentamente.

Esta emancipación del conocimiento nos sustrae á todas esas servidumbres tan perfectamente como el sueño y el ensueño: la dicha y la infelicidad no existen ya para nosotros; no somos más que puro sujeto del cono-

cimiento; no existimos más que como ojo *único* del mundo, ojo que es propio de toda criatura para percibir en cuanto ser conociente, pero que sólo en el hombre puede emanciparse completamente del servicio de la voluntad, suprimiendo hasta tal punto toda diferencia de individualidad, que no importa que el ojo que contemple sea el de un rey poderoso ó el de un mendigo abrumado por el dolor. Ni la felicidad ni la miseria nos siguen cuando franqueamos estos límites.

Esa esfera en que nos libramos de todos los cuidados terrestres está muy próxima á nosotros; pero ¿qué ser estará dotado de bastante fuerza para mantenerse allí mucho tiempo? En el instante mismo en que alguna relación del objeto así contemplado, con nuestra voluntad, con nuestra persona, se desliza en la conciencia, queda roto el encanto; recaemos en el conocimiento regulado por el principio de razón, no concebimos ya la Idea, sino la cosa individual, el eslabón de una cadena de que nosotros formamos parte y volvemos de nuevo á todas nuestras miserias. Sobre este terreno permanece constantemente la mayoría de los hombres, pues están totalmente desprovistos de objetividad, ó sea de genialidad. De ahí que no gusten de hallarse solos frente á la Naturaleza; necesitan la sociedad, ó por lo menos un libro. Su conocimiento no se separa del servicio de la voluntad; buscan en todas las cosas alguna relación con ella, y donde quiera que no la encuentran, una voz interior parecida á un bajo acompañante formula esta queja desesperada: «Nada puede aliviarme». Esto da al sitio más hermoso; cuando le contemplan sus ojos, el aspecto de un desierto, un tinte sombrío, algo de extraño y de hostil.

Esa beatitud de la contemplación involuntaria es lo que difunde un encanto mágico sobre las cosas pasadas

y lejanas, y lo que por una ilusión que nos hacemos nos las hace ver con colorido tan bello. Cuando nos representamos los días transcurridos hace mucho tiempo, que pasamos en algún lugar apartado, lo que nuestra imaginación evoca, son sólo las cosas y no el sujeto de la voluntad, que entonces como ahora soportaba el peso de sus incurables miserias; pero las de entonces las hemos olvidado, pues muchas otras han venido á reemplazarlas desde aquella época. La intuición objetiva obra en el recuerdo como obraría actualmente si fuéramos capaces de entregarnos á ella, despojados de la voluntad. A esto se debe que cuando un pesar nos atormenta más que de ordinario, la reminiscencia repentina de escenas de nuestro pasado ó de países lejanos cruza ante nuestros ojos como la imagen de un paraíso perdido. La fantasía no evoca más que la parte objetiva de estas escenas, y nada de su parte individual y subjetiva; nos figuramos que aquel objeto se ofrecía á nosotros en aquella época tan puro, tan poco alterado por relaciones con la voluntad, como hoy se nos presenta su imagen, y, sin embargo, entonces las relaciones de los objetos con nuestro querer nos produjeron tantos tormentos como ahora.

Podemos sustraernos á nuestros pesares, lo mismo con los objetos presentes que con los pasados, pero á condición de elevarnos á su contemplación puramente objetiva y de hacernos así la ilusión de que mientras esos objetos están presentes delante de nosotros, nosotros estamos lejos de ellos. Entonces, desahogados del odioso Yo y convertidos en puros sujetos del conocimiento, nos identificaremos con los objetos, y como nuestra miseria les es ajena, ajena se hará también para nosotros en tales instantes. El mundo como voluntad desaparece, y sólo queda el mundo como representación.

Espero haber mostrado con las presentes consideraciones de qué naturaleza es el goce estético y cuáles son sus condiciones subjetivas, á saber: emancipación del servicio de la voluntad, olvido de sí mismo como individuo y elevación de la conciencia al estado de sujeto puro del conocimiento, colocado fuera de la voluntad, del tiempo y de todas las relaciones. Como correlativo necesario de este aspecto subjetivo de la contemplación estética, aparece siempre al mismo tiempo su aspecto objetivo, la concepción intuitiva de la Idea platónica. Pero antes de pasar al estudio de ésta y de las producciones artísticas que con ella se relacionan, será conveniente que nos detengamos todavía un momento ante el aspecto subjetivo del placer estético, para completar la exposición que hemos hecho con el análisis de un sentimiento que se enlaza estrechamente con lo anterior y que nace de una modificación de ese aspecto subjetivo: me refiero al sentimiento de lo *sublime*. Después pasaremos al análisis del aspecto objetivo del placer estético, con lo cual quedará completo este estudio.

Debo hacer aún algunas observaciones relacionadas con las precedentes. La luz es lo más alegre del mundo, es el símbolo de todo lo bueno y consolador. En todas las religiones significa la salvación eterna, y las tinieblas la condenación. Ormuzd habita en la más pura luz; Ahriman en la noche eterna. El Paraíso del Dante se asemeja mucho al Vauxhall de Londres; las almas de los bienaventurados aparecen como puntos luminosos que se agrupan para formar figuras regulares. La ausencia de la luz nos entristece inmediatamente, su vuelta nos hace felices; los colores nos producen un vivo encanto, y sobre todo, cuando son transparentes, el placer que nos proporcionan es extremado.

Todo esto depende de que la luz es lo correlativo y